

Corto y largo plazo*

Gustavo Marqués.**

Introducción

Tanto los keynesianos como sus críticos liberales consideran que, normalmente, las economías reales de mercado se encuentran en una situación subóptima, inferior a la de pleno empleo. Pero disienten acerca de las causas de este fenómeno y, sobre todo, acerca de las medidas de corto plazo que serían necesarias para remontar esta situación y aproximarse gradualmente al estadio de pleno empleo. A decir verdad, buena parte de la discusión entre el liberalismo económico y el keynesianismo, ha girado en torno a la importancia relativa que se debe asignar a las medidas de corto y largo plazo y, especialmente, a las medidas de política económica que se deben emplear en el primero de los estadios mencionados. Los keynesianos han privilegiado el análisis del corto plazo (y han propuesto la intervención activa del Estado para promover la demanda agregada), en tanto que los liberales han defendido la preeminencia del largo plazo (y han propuesto "políticas" de "manos afuera", que asegurarían el incremento en los niveles de vida en un período futuro, pero empeorarían la situación general inmediata). Hay una notable vaguedad en los términos en que es conducido el debate, ya que no se aclara si largo plazo refiere a una década, un siglo o un milenio. Sin embargo, más grave por sus consecuencias políticas, es la imprecisión, de parte de los liberales, acerca del escenario en que las políticas de largo plazo resultan defendibles. Este trabajo procura precisar en qué consiste la defensa liberal del largo plazo, y determinar las circunstancias especiales en que sus argumentos son atendibles y cuándo dejan de serlo. Para ello se analizan los argumentos de la posición liberal en su forma más pura, tal como han sido expuestos por los representantes más conspicuos de la escuela Austríaca de economía.

La importancia del corto y el largo plazo

Mises rechaza con sorna la famosa ocurrencia de Keynes de que en el largo plazo todos estaremos muertos¹, porque interpreta que reprocha a la teoría ortodoxa que se ocupa de lo que no debe y no de lo que debe. Dicho más explícitamente, Keynes sostendría que es estéril ocuparse del largo plazo y que, quienes lo hacen, se desentienden del corto plazo, que es lo que realmente importa.

* El presente artículo es la versión escrita de la ponencia que el autor iba a presentar en la jornada del 9 de Noviembre de 2004

** Epistemólogo, especializado en epistemología de la economía en el Ciclo Profesional de la Carrera de Ciencias Económicas de la UBA. Magister en Filosofía por SADAF.

A la primer objeción, replica que refleja la visión pre-científica, severamente miope, de los asuntos económicos, y argumenta que la teoría económica ha reparado ese error de sentido común consistente en no sobrepasar un horizonte temporal extremadamente exiguo². En sentido estricto, la teoría económica es el estudio del largo plazo, y sus hallazgos han servido para instruir al hombre práctico o al estadista, que no se percataban de las consecuencias futuras de sus acciones inmediatas, así como al economista moderno (intervencionista), que sólo presta atención a las urgencias de la coyuntura³.

A la segunda objeción, responde con dos argumentos independientes. En primer lugar, subrayar que nuestras acciones inmediatas tienen repercusiones futuras (no obvias), que deben ser examinadas sistemáticamente, no significa desentenderse del corto plazo, pues el análisis del largo plazo *incluye* al de corto plazo, y no es posible ocuparse de aquél sin ocuparse de éste. Efectivamente, el cálculo de las repercusiones remotas debe necesariamente comenzar tomando en consideración las modificaciones iniciales. En consecuencia, quien acusa a la teoría económica de interesarse *sólo* en el largo plazo, incurre en una contradicción en los términos (Mises, *Human Action*, p. 649). Aunque, por las razones señaladas, el análisis económico pone énfasis en los estadios finales del proceso de ajuste, en realidad se ocupa de la *totalidad* de los cambios operados durante *todo* el período de producción considerado.

Este argumento es algo académico, y hasta retórico en el mal sentido del término, pues, como quedará claro más adelante, de manera deliberada, interpreta incorrectamente el sentido preciso en el que se acusa al liberalismo de desinterés acerca del corto plazo. Pero Mises considera que la idea central que transmite es importante, y la refuerza con otra razón, más fundamental -por estar praxeológicamente fundada-, que permite derivar el interés por el corto plazo de la noción misma de acción.

"La acción aspira a la sustitución de un estado de cosas menos satisfactorio por otro más satisfactorio. Que el resultado de una acción definida sea considerado más o menos satisfactorio, *depende de la correcta anticipación de todas sus consecuencias, tanto de corto como de largo plazo*" (Mises, *Human Action*, p. 649; subrayado por mí).

Al afirmarse que el hombre actúa, se afirma que se interesa tanto por el corto como por el largo plazo. En su lenguaje, podría haber dicho que el interés por el corto plazo es una verdad praxeológica a-priori. Es absurdo, entonces, acusar a la teoría económica de desentenderse del mismo.

Por último, agrega a los anteriores un argumento modesto y razonable: si la teoría económica informa acerca de las consecuencias remotas de nuestras acciones inmediatas, ¿por qué no tomar en cuenta estos resultados? Cuanto mayor sea la información a disposición de los gobernantes, mayor será la posibilidad de adoptar decisiones acertadas. *Ambos* plazos son importantes y los gobernantes deberían tomarlos en cuenta.

Prioridad del largo plazo

Los argumentos expuestos son lo suficientemente abstractos y sólidos como para que no se planteen demasiadas objeciones al respecto. Pero son algo triviales y no afectan el punto central que se halla en discusión. El liberalismo económico no se limita a defender el derecho a ocuparse del largo plazo o la importancia de este tipo de análisis. Desea defender una posición mucho más fuerte, que contiene dos tesis adicionales.

En primer lugar, los argumentos anteriores presuponen que existe un *trade-off entre corto y largo plazo*. Esta idea es central en el enfoque ortodoxo y Austríaco, y está implicada en su análisis del ahorro y la acumulación. Según esta visión, no es posible asignar mayores recursos para satisfacer necesidades en el corto plazo sin privarse de emplear dichos recursos para producir los medios de producción indirectos que arrojarían más bienes en el largo plazo. Se necesita, pues, reducir el consumo en el presente a los efectos de aumentar el consumo futuro. Este razonamiento, al parecer irreprochable, asume frecuentemente la forma algo más extrema de que no es posible, de ninguna forma, resolver los problemas de corto plazo sin comprometer el largo plazo. El dilema al que se enfrenta Robinson constituye la ilustración favorita de esta idea.

En segundo lugar, y más importante aún, el liberal también desea sostener que las repercusiones de largo plazo *tienen prioridad* sobre las de corto plazo. Esta postura tiene una enorme significación *práctica*, pues implica que al decidir políticas económicas se deben priorizar sus consecuencias remotas (avenidas una vez finalizado el ajuste) por sobre sus consecuencias inmediatas o más cercanas en el tiempo. En otras palabras, el consumo futuro tiene prioridad sobre el consumo actual⁴. El *dictum* keynesiano que Mises deplora va dirigido contra *este* argumento. Cuestiona la prioridad del largo plazo (o, como diremos luego, la *preferencia liberal por el futuro*). ¿Bajo qué restricciones es defendible esta tesis del liberalismo?

Dos escenarios

La argumentación liberal en favor del largo plazo está edificada sobre dos supuestos básicos. En primer lugar, la idea de un único sujeto que debe decidir cómo distribuir sus recursos a lo largo de su vida. Aunque se contemple la posibilidad de que el "sujeto" consiste en un grupo de individuos, se asume (tácitamente) que los individuos que aceptan ahora medidas que los perjudican en lo inmediato, son los mismos que se beneficiarán más adelante de los costos incurridos voluntariamente en el pasado. Las dos referencias que hicimos previamente (al proyecto expansivo de Robinson y a las consideraciones temporales implícitas en la noción misma de acción) conllevan esta idea. "Corto" y "largo" plazo aluden aquí a períodos que no exceden el tiempo de vida del "sujeto" al que conciernen las medidas adoptadas.

En segundo lugar, lo que se resigna no es el consumo presente *necesario*. Robinson no deja de alimentarse hasta la inanición o de protegerse del duro invierno, para atragantarse o abrigarse a gusto en la próxima década. Reduce su consumo presente porque el monto reducido es aún suficiente para

satisfacer sus necesidades inmediatas. Como todo agente, Robinson tiene preferencia por el presente y por ello no reducirá su consumo por debajo de aquel nivel mínimo que le resulta necesario para sobrevivir. Por otra parte, si su consumo presente disminuyera por debajo de un cierto límite, no obtendría las energías necesarias para invertir las fuerzas productivas ahorradas en la implementación de procesos de producción indirectos que le proporcionarían medios de consumo en el futuro.

La situación ideal en la cual el liberalismo plantea su preferencia por el largo plazo contiene, pues, dos suposiciones básicas: la existencia de un excedente y un único sujeto que decide cómo utilizar las fuerzas productivas ahorradas en función del patrón de consumo que ha elegido para el período considerado. Es, además, en este escenario donde puede afirmarse que el sujeto "maximiza" sobre el entero período que abarca desde el presente al fin de su vida, sopesando, como afirma Mises, pros y contras (ventajas inmediatas y futuras). En particular, es aquí donde puede defenderse la razonabilidad de sacrificar el consumo presente en aras de obtener posteriormente un mayor consumo. En una situación semejante, las decisiones presentes (inmediatamente dolorosas) pueden ser defendidas señalando su carácter instrumental: están destinadas a obtener beneficios más adelante. Es, pues, un escenario cómodo, en donde el argumento liberal puede hacerse fuerte y sus críticos pueden ser ridiculizados.

Pero el liberal no se limita a sostener su preferencia por el largo plazo en el marco de las restricciones que le brindan plausibilidad. Extiende su argumentación al terreno muy diferente de las economías concretas, donde las condiciones previas ya no se satisfacen. En este escenario más amplio (y políticamente más interesante) ya no puede asumirse que hay un único sujeto, o conjunto de sujetos, cuya vida se extiende durante todo el período considerado (salvo invocando los conceptos holistas de sociedad, humanidad o civilización, a los que Mises no vacila en apelar toda vez que los necesita). En la nueva situación, los eufemismos de "corto" y "largo" plazo ocultan la sucesión de diversas generaciones de individuos, la presente y las futuras⁵.

En segundo lugar, tampoco vale en este contexto el supuesto de que el sujeto produce un excedente que le permite satisfacer con cierta holgura sus necesidades básicas. El propio liberal admite que las economías concretas se encuentran sumidas en un estado de sub-empleo masivo y depresión. Y no sólo lo admite sino que cree que cuenta con la explicación correcta de dichos fenómenos. En realidad, los Austríacos van más allá que la teoría clásica, que responsabilizaba del desempleo al propio trabajador o a los sindicatos, ya que identifican como la causa principal de los fenómenos mencionados a la intervención estatal, que manipula la tasa de interés y, al hacerlo, altera la estructura de la producción. Otras formas de intervencionismo, estatal o corporativo, también son consideradas factores causales importantes que convergen a estos resultados, pero la expansión crediticia es identificada como el factor decisivo en la distorsión del aparato productivo y en la consiguiente generación de desempleo y bajos sueldos.

Ahora puede apreciarse mejor el verdadero sentido de la frase de Keynes que señalaba que en el largo plazo todos estaremos muertos. La prioridad del largo plazo es recomendada por el liberalismo -conviene tener siempre presente esta circunstancia- para economías de mercado que se hallan en un estadio de *depresión*. Es en *este* contexto donde el keynesianismo reprocha al liberal no prestar atención al corto plazo. Y en este marco, la acusación *es* relevante.

Como los liberales consideran que no se puede salir de los males generados por el intervencionismo con más intervencionismo, su propuesta es dejar que la crisis avance y se resuelva "naturalmente". En la práctica, esto significa permitir que la depresión se profundice hasta tocar fondo, para que, posteriormente, las fuerzas del mercado comiencen a reconstruir, sobre una base "saneada", la estructura del sistema productivo⁶. Estime ahora el lector desprejuiciado la valía de la esgrima verbal ofrecida por Mises para simular un genuino interés en el corto plazo.

Si se asume un punto de partida sensiblemente inferior al de pleno empleo de los recursos y se considera un período que comprende a diversas generaciones sucesivas, las medidas que afectarán a la generación presente ya no pueden ser recomendadas livianamente como instrumentales para la obtención de resultados que serán disfrutados por las próximas generaciones, ya que la generación presente sólo recibirá los efectos *inmediatos* de dichas medidas, que, en vez de aliviar, acentuarán sus problemas. Los sacrificios incurridos en la generación n-1, para que puedan beneficiarse los miembros de la generación n, pueden ser considerados medios adecuados para n, pero no para n-1.

Nótese la diferencia que existe entre los dos escenarios considerados. Robinson planifica su consumo presente y futuro en una escala de tiempo que abarca sólo a "su generación" (es decir, a sí mismo). No postergaría su consumo inmediato para producir medios de producción tan indirectos que sólo le permitieran disfrutar de bienes de consumo en un período que exceda su expectativa de vida. Sin embargo, esto es exactamente lo que se espera de la "sociedad" cuando se reclama de las generaciones actuales que resignen satisfacer sus aspiraciones básicas en el corto plazo a los efectos de que *otros* puedan mejorar sustancialmente su nivel de vida en el largo plazo.

Problema moral

El cambio de escenario al que acabo de referirme es crucial, porque en él se plantea el problema moral de tener que decidir qué generación beneficiar. Si se aplicaran las políticas que los liberales juzgan "correctas", en lo inmediato tendrían una incidencia negativa sobre aquellos aspectos que caracterizan el estado de depresión y desempleo. Son políticas que tienden a recomponer el capital y la acumulación a expensas del empleo y el ingreso del trabajador. Asumiendo que se trata de políticas correctas, sus beneficios se notarían recién andando el tiempo, una vez que fructifiquen los sacrificios incurridos por una o más generaciones precedentes. Esto significa que los Austríacos no tienen una

teoría (ni una práctica) que permita salir de la depresión distribuyendo los costos entre las generaciones sucesivas. Sus políticas sacrifican a la generación actual (y posiblemente a las inmediatamente posteriores) en aras de generaciones virtuales. Manifiestan lo que hemos denominado *preferencia por el (hombre) futuro*.

Sin embargo, en relación a nuestro problema es interesante distinguir la posición de los economistas clásicos (antiguos liberales) de la de los Austríacos (liberales modernos). El enfoque clásico tiene razones *teóricas* para deslindar toda responsabilidad moral respecto de la existencia de desempleo persistente. Desde su perspectiva, el desempleo es considerado *voluntario*. Si existe un responsable de esta situación debe buscárselo entre los propios desempleados (que rehúsan aceptar un salario igual a la productividad marginal de su trabajo) y en los sindicatos (a los que aquellos adhieren voluntariamente), que presionan para que las firmas paguen un salario mayor que el que corresponde. Sobre esta base el economista clásico niega que el mercado tenga alguna responsabilidad por la situación de desempleo masivo y persistente. Aunque no desarrollaremos este punto, cabe acotar aquí que la tesis keynesiana de que existe desempleo *involuntario* vuelve la pelota al campo liberal (es decir, les restituye su responsabilidad moral).

Aunque los Austríacos no rompen por completo con la tesis del carácter voluntario del desempleo, tienen, sin embargo, una visión diferente, en la que se pone el acento en la responsabilidad que le cabe al estado interventor -y, en particular, a sus políticas de expansión monetaria- por la situación creada. Este cambio en la explicación de las depresiones y el desempleo, los compromete moralmente, porque ahora la situación existente es juzgada como originada por políticas previas, más que por decisiones autónomas de las propias víctimas. Ante el hecho consumado, ya no cabe encogerse de hombros o señalar que ellos se lo buscaron. Expresado en el lenguaje liberal, es necesario (moralmente imperativo) responder a la pregunta de ¿qué hacer para aliviar la situación de las víctimas de la sucesión de políticas insensatas precedentes?

El liberalismo moderno cuenta con un argumento poderoso en favor de la inacción. Sostiene que las políticas intervencionistas, o las reformas sociales sugeridas para el corto plazo, tienen el defecto de que no consiguen alcanzar los objetivos para los que fueron implementadas. La (genuina) teoría económica muestra las consecuencias no esperadas (y no deseadas) de tales políticas. Y estos resultados son presentados como inexorables, fruto de la acción irrefrenable de las leyes del mercado. Ello justifica la política de "manos afuera": no hay responsabilidad moral alguna por rehusarse a perseguir resultados inalcanzables. Puede ser simpático hacer un listado de reivindicaciones para favorecer al indigente, y hasta puede añadirse que tales medidas son "justas", y que los individuos tienen "derecho" a ellas; pero si no es materialmente posible obtener estos resultados por medio de las medidas sugeridas, no puede entonces atribuirse responsabilidad moral a quienes sensatamente desisten de alcanzar metas inaccesibles.

El argumento es formidable, pero encierra un truco. Propiamente expresada, la objeción liberal a las políticas de corto plazo destinadas a

expandir la demanda es que en el *largo plazo* el estado interventor no alcanza los fines que él mismo se propone. Sin embargo, el interventor no está interesado (como lo están los Austríacos y, en general, los liberales) en el largo plazo, sino en capear el temporal. Y *este* objetivo *puede* lograrse en el corto plazo, al menos parcialmente. Los opositores al intervencionismo no dicen que no se pueden obtener beneficios inmediatos (al menos, localizados) mediante la interferencia estatal. Lo que afirman es que ello se conseguirá al precio de dilapidar (consumir) el capital existente, generando desacumulación y afectando al consumo futuro⁷. Es dudoso, entonces, que lo que Mises presenta como una lapidaria crítica interna a la postura intervencionista, lo sea en realidad. Más bien es una crítica externa, que se limita a señalar que las políticas intervencionistas no serán capaces de alcanzar los fines que *el liberalismo* se propone (o privilegia). Nuevamente, una vez despojada de su bagaje retórico las objeciones liberales a las políticas estatales activas de corto plazo se reducen a una sola tesis: su preferencia por el (hombre) futuro.

Si el problema moral que hemos planteado es relevante, creo que las autoridades tienen un compromiso más fuerte con el hombre *presente* que con el hombre futuro. Esto no significa desentenderse por completo de las generaciones futuras, ni del futuro en general. Las preocupaciones de los ecologistas por el medio ambiente apuntan en esta dirección y son bienvenidas. Pero creo que las *urgencias* del presente son más imperativas que eventuales necesidades de un futuro remoto e incierto. *Es cínico dejar ahora a un niño sin comer para que pueda comer el doble un niño hipotético en un futuro sin fecha.*

Al solo efecto de mostrar la compulsión moral que ejerce el presente, veamos el aspecto temporal de la discusión entre abortistas y anti abortistas. Quienes defienden el aborto, lo hacen sobre la base de que la madre es el humano real, concreto y presente, en tanto que el embrión o el feto es un ser humano futuro y virtual. En estas condiciones, se sostiene, la madre tiene prioridad. Los anti abortistas se encontrarían en un aprieto si aceptaran este argumento, pues ellos también manifiestan la misma preferencia por el presente. Por ello su réplica consiste en que el feto (o el óvulo fecundado) es *ya* un ser humano. Su defensa consiste en atribuir al feto el atributo de humanidad tan pronto como se pueda. Es curioso que muchos fanáticos anti abortistas muestren un grado menor de preferencia por el presente cuando se trata del destino de niños ya nacidos.

Si el presente tiene prioridad sobre el futuro, las políticas económicas debieran satisfacer un principio semejante al siguiente: Sólo atender a las necesidades de generaciones futuras si han sido resueltas las necesidades elementales de la generación presente. O, sólo atender a las necesidades de generaciones futuras si las generaciones presentes no se encuentran en una situación desesperante y ello no agrava su situación. Soy consciente de las limitaciones de ambas formulaciones, pero sólo interesa aquí transmitir la idea principal. Principios de este tipo adquieren su fuerza y plausibilidad del hecho de que las políticas restrictivas de largo plazo son aceptables sólo cuando han sido resueltos los problemas de corto plazo, o cuando aquellas resultan consistentes con las necesidades inmediatas. Sólo entonces es posible

contemplar un horizonte temporal más amplio, implementando políticas que tengan esta doble virtud: no pongan en riesgo las conquistas inmediatas alcanzadas e impidan que se generen consecuencias indeseables en el futuro. Lo paradójico de la propuesta liberal es que, no sólo ofrece soluciones de largo plazo sin que estén resueltos los problemas de corto plazo, sino que sus políticas, como ellos mismos lo admiten, agravarían estos problemas.

Inviabilidad política

Es natural, pues, que esta estrategia no pueda ser confesada abiertamente; no, al menos, si se desea trascender el mero ámbito académico y aspirar al poder político que permitiría implementar dichas políticas⁸. El liberalismo debe optar entre disfrazarse, si ha de gobernar por medios democráticos, o imponerse *manu militari*. Si el (auténtico) liberal elige, como descontamos, el primer camino, deberá seguir disfrazado en tanto no ofrezca una salida moral y materialmente aceptable de la miseria y la depresión, que atienda al largo plazo sin descuidar o agravar las carencias del presente.

Lo paradójico es que el liberal sabe todo esto, o debería saberlo, porque su receta para salir de la depresión acentuando la depresión es (práctica y políticamente) incompatible con su propia teoría, que reconoce que la preferencia por el tiempo (por el presente) es una especie de ley de comportamiento humano de validez universal. Mises lo advierte y trata de minimizar los efectos de este hecho incómodo defendiendo la compatibilidad de la preferencia por el tiempo con el comportamiento de ahorro⁹. Pero la preferencia por el tiempo es compatible con la decisión de privilegiar el largo plazo, sólo en el marco del *primer* escenario. En cuanto se piensa en economías en retroceso y en procesos de recuperación considerablemente extensos, mal que le pese a Mises, "la gente va a preferir siempre evitar un mal en el futuro cercano a evitar un mal en el futuro remoto", aunque se los amenace con un seguro "retorno al nivel animal".

Conclusiones

El liberalismo económico no sólo no dispone, de hecho, de una política activa admisible de corto plazo, sino que está convencido de que tal política no puede existir en principio. Y, lo que es más grave, hasta parece subestimar el problema mismo de implementar políticas que resulten efectivas respecto de las necesidades inmediatas. En su visión, el corto plazo se sacrifica enteramente al largo plazo. Las medidas que se recomiendan, lo son exclusivamente en consideración a sus efectos remotos finales, una vez alcanzado el ajuste de los factores. El corto plazo (las medidas inmediatas y sus repercusiones sobre la gente) es considerado un estadio de tránsito, un mero instrumento para lo único que realmente interesa que son los resultados finales de "equilibrio".

No sorprende, entonces, que diversas formas de intervencionismo sigan operativas y cuenten con la simpatía popular. En tanto el liberalismo no diseñe una política económica, moral y materialmente aceptable, que prometa mejoras

relativamente inmediatas a aquellos que han de ubicarlos en el poder mediante su voto, no tiene ninguna chance de desacreditar por completo a las ideas intervencionistas. Y deberán optar entre seguir disfrazándose o pregonar en el desierto. Puede que el consumidor sea soberano en el mercado, pero en economías arrasadas, una vasta mayoría de no consumidores o sub-consumidores es soberana en las urnas; y no tolerará propuestas descarnadas que sólo les propongan sacrificios y pérdidas.

Quiero concluir con una breve digresión. Es difícil conciliar el individualismo con la preferencia por el hombre futuro (es decir, una perspectiva en que la apreciación del presente está gobernada por su visión del curso previsto de la historia y en la que todo tiempo presente debe ser sacrificado en aras de un futuro mejor). Esta visión sólo es admisible para quien adopta la perspectiva de la *especie*. Importan menos los individuos actuales concretos que la civilización o el destino de la humanidad. Uno se pregunta dónde ha ido a parar el interés por los individuos particulares y hasta qué punto han logrado los Austríacos dejar atrás el modo universalista de pensar que reprocharon en los clásicos.

¹ "Es verdad que mucha gente cree que la política económica no debería molestarse en absoluto acerca de las consecuencias de largo plazo. Ellos citan un dictum de Lord Keynes: 'En el largo plazo estaremos todos muertos'. No cuestiono la verdad de este enunciado. Considero incluso que es la única declaración correcta de la nueva escuela inglesa de Cambridge" (Mises, L. von, 1996, *Planning For Freedom*, Libertarian Press, Grove City, Pennsylvania., p. 6).

² "Para descubrir los efectos inmediatos (el corto plazo) producidos por un cambio en un dato, no hay necesidad, generalmente, de recurrir a una investigación concienzuda. Los efectos de corto plazo son en su mayor parte obvios y raramente escapan a la atención de un observador ingenuo no familiarizado con investigaciones prolijas. Lo que dio inicio a los estudios económicos fue precisamente el hecho de que algunos hombres de genio comenzaron a sospechar que las consecuencias más remotas de un evento pueden diferir de los efectos inmediatos, visibles incluso para la mayor parte de los legos de mente simple. El mayor suceso de la teoría económica fue el descubrimiento de tales efectos de largo plazo, hasta el momento inadvertidos por el observador desprevenido y negados por el hombre de estado" (Mises L. von, 1996, *The Human Action*, L. von Mises Institute, Auburn., p. 649).

³ "No puedo menos que considerar la creciente concentración en los efectos de corto plazo -que en este contexto significa lo mismo que concentración en factores puramente monetarios- no sólo como un serio y peligroso error intelectual, sino como una traición al deber principal del economista y una grave amenaza a nuestra civilización. Con respecto a la comprensión de las

fuerzas que determinan los cambios cotidianos en los negocios, el economista tiene probablemente poco que contribuir que el hombre práctico no conozca mejor. Es usual, sin embargo, considerar que es deber y privilegio del economista estudiar y enfatizar los efectos duraderos, que es probable que se hallen escondidos al ojo no entrenado, y dejar la preocupación acerca de los efectos más inmediatos para el hombre práctico, quien en cada evento percibirá sólo estos últimos y nada más". Hayek se lamenta por "la actual tendencia (corto-placista, GM) que ha llegado ya tan lejos como para hacernos retroceder hasta el estadio pre-científico de la economía", y que pretende reemplazar la visión profunda alcanzada por la teoría económica "por la filosofía miope del hombre de negocios", la cual "es elevada a la dignidad de ciencia" (Hayek, "The economics of abundance", en Henry Hazlitt, ed., *The Critics of Keynesian Economics*, The Foundation for Economic Education, New York, 1995, pp. 129-130).

⁴ Que esta idea está presente en el análisis tradicional resulta obvio en cuanto se repara en el papel que la economía ortodoxa asigna al ahorro y, en particular, el papel que le atribuye Mises en el pasaje de la barbarie a la civilización, y en el tránsito del subdesarrollo a los estadios avanzados del capitalismo.

⁵ Mises ha defendido la utilidad de las construcciones imaginarias, pero ha advertido acerca de las falacias que puede inducir su uso desaprensivo. Esto parece ser precisamente lo que ocurre cuando se asigna prioridad al largo plazo, no meramente en el marco de la situación "imaginaria" de pleno empleo o modelos unipersonales, como el de Robinson, sino en las economías concretas que se hallan sumidas en un estado de depresión que abarca períodos relativamente extensos.

⁶ En tiempos de crisis, la creación de una demanda artificial sólo logra asignar los recursos de manera equivocada. "Incluso si la absorción de recursos desempleados se acelera de esta forma, sólo querrá decir que se ha plantado la semilla para nuevas perturbaciones y nuevas crisis. La única vía para 'movilizar' todos los recursos disponibles de manera permanente es, por consiguiente, no recurrir a estimulantes artificiales -sea durante la crisis o después de ella-, sino dejar que el tiempo lleve a cabo una cura permanente mediante el lento proceso de adaptación de la estructura productiva a los medios disponibles. Y así llegamos a resultados que sólo confirman la vieja verdad de que quizá podamos impedir la crisis si frenamos la expansión a tiempo, pero no hay nada que podamos hacer para salir de ella antes de que llegue a su final natural" (Hayek, Friedrich A., 1996, *Precios y producción*, Madrid, Ediciones Aosta, pp. 91-92).

Rothbard es todavía más tajante: "Lo que el gobierno debe hacer, según el análisis misiano de la depresión, es absolutamente nada. Con vistas a (restaurar) la salud económica y terminar con la depresión tan pronto como sea posible, debe mantener una política de *laissez faire*, o de estricta manos afuera. Cualquier cosa que haga retardará y obstruirá el proceso de ajuste del mercado; cuanto menos haga, más rápidamente harán su trabajo los proceso de ajuste del

mercado, y comenzará una recuperación económica sensata" (Murray Rothbard, "Economic Depressions: Their Causes and Cure", en *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays*, 1996, Richard Ebeling, comp., p. 87-88).

⁷ Refiriéndose a las medidas intervencionistas, Mises reconoce que "los economistas liberales ... no niegan que algunas de esas medidas pueden, en el corto plazo, mejorar la suerte de algunos grupos de la población. Pero, ellos dicen, en el largo plazo deben producir efectos que, desde el punto de vista del gobierno y de los defensores de esas políticas, son menos deseables que el estado de cosas previo que ellos deseaban alterar" (Mises, L. von, 1996, *Planning For Freedom*, óp. cit., p. 6).

⁸ Desde luego, hay ejemplos de integridad intelectual, como es el caso de Mises, Hayek o Rothbard. En general, los Austríacos con intereses académicos han dicho la verdad con crudeza. Por eso precisamente han quedado fuera del ruedo político. Otros liberales, que aspiran a posicionarse políticamente, sostienen medidas idénticas, pero en vez de hablar francamente y advertir al público acerca de sus consecuencias inmediatas, ensayan un discurso populista de emergencia. Los últimos gobiernos de Argentina son un claro ejemplo de discurso pre-electoral intervencionista seguido de políticas post-electorales de corte liberal.

⁹ "Si al actuar la gente fuera a preferir siempre evitar un mal en el futuro cercano a evitar un mal en el futuro remoto, retornaría al nivel animal. La verdadera esencia de la acción humana, en cuanto distinta del comportamiento animal, es que renuncia conscientemente a algunas satisfacciones más cercanas en el tiempo para alcanzar alguna satisfacción mayor pero temporalmente más remota. La preferencia temporal no es absoluta en el hombre; es sólo uno de los ítems que entran en su estimación y balance de pros y contras. El hombre traga píldoras amargas con el objeto de obtener efectos benéficos en una fecha más lejana. No es verdad que se prefiere *incondicionalmente* lo que es bueno en el corto plazo a lo que es bueno en el largo plazo; la intensidad de la satisfacción esperada de cada una de las alternativas debe también ser tomada en consideración" (Mises L. von, *The Human Action*, óp. cit., p. 744)